

ANETO POR EL VALLE DE CORONAS 21/06/2014

En la semana de la proclamación del Rey Felipe VI, el Club quiso hacer un guiño a la Institución Monárquica y decidimos atacar el Rey del Pirineo por el valle de Coronas. Ahí quedaba nuestra pequeña contribución a la regeneración de la institución, reivindicando de forma sutil -como corresponde a gentes de nuestra condición y formación- la coronación y no la proclamación como si de un candidato electo se tratara. Estos gestos que componen lo que podríamos denominar el montañismo intelectual -o comprometido, o cualquier otro adjetivo políticamente correcto- singularizan nuestro Club y lo diferencian muy mucho de otros.

Pero no solo éstos. Somos el único Club que para las excursiones en general, y para las de alta montaña en particular, es capaz de reclutar más mujeres que hombres. Seis damas montañeras y cinco caballeros componíamos la nómina de esta ascensión. No es ésta una cuestión menor, ya que provoca la admiración -léase envidia- de la mayoría de grupos que acuden a la montaña donde suele ser mucho más abundante la presencia masculina. También demuestra que donde hay valía no hace falta cuotas.

Aún hay otra cosa que también distingue a este Club, y es que, sin tener proscrito nada, la mayoría son más de cena con mantel, vinito, habitación de hotel, cama mullida y ducha, que de refugio, cena a base de lentejas, saco de dormir, litera, cama corrida y excusado comunal.

Así nuestra excursión comenzó el viernes en el hotel de concentración: el Hostal Parque Natural de Benasque, un establecimiento hotelero situado a mitad de ladera en el camino hacia el Refugio de Estós, desde donde se tiene una magnífica vista del valle de Benasque que, en días de sol y verde intenso, rivaliza en belleza con el paraíso terrenal. Tras la cena con mantel y servilletas de tela, una ligera y agradable tertulia, cada cual a sus aposentos. ¿A descansar? En la montaña, la noche anterior a una ascensión a penas sí se descansa. Y lo dejo ahí...

El despertador sonó a las 4:15 horas -ciertamente este es un aspecto a desterrar del Club, ya que esas horas no son ni de damas ni de caballeros- ya que nuestro presidente, a fin de no hacer corto con el día, había citado al vampiro que nos iba a chupar hasta la última gota de sangre -léase taxista del valle, que todavía no se ha enterado que estamos en un país en crisis- a las 5:15 de la mañana. Encima, el mocetón -tengo para mí que para justificar lo abultado de la minuta- se personó antes de hora por lo que el ligero desayuno continental se convirtió en un atropellado tentempié, del que también participó nuestro taxista en concepto de dieta.

Tras tres cuartos de hora transitando por una sinuosa pista conducidos por el vampiro a toda velocidad –para mí que como comenzaba a apuntar el sol sonrosando las cimas más elevadas, el taxista vampiro quería volver a su ataúd antes de que le rozara ligeramente un rayo y lo convirtiera en polvo del camino que, bien merecido se lo tenía- nos dejó en el Refugio de Pescadores, a unos mil novecientos metros, es decir, a más de mil quinientos metros de nuestro objetivo.

Despuntando lo primeros rayos del alba, y sin necesidad de utilizar frontal, comenzamos el ascenso por el valle de Coronas. A los primeros repechos, siguieron los segundo, y a estos los terceros y sin solución de continuidad y ni tregua, nos plantamos en los ibones de Coronas. Para cuando llegamos al superior habían transcurrido 2 horas de ascensión ininterrumpida. Es verdad que le habíamos ganado 1 hora al cronómetro, y a los carteles, y a las guías: donde ponen 3 horas, nosotros lo habíamos hecho solo en 2. Claro, estos alardes no son gratuitos y se pagan como en *FAMA*: con un reguero de sudor que fuimos dejando a nuestro paso. Cuando alguien preguntó ¿pero p'á qué corremos tanto si es el día más largo del año? Obtuvo una respuesta inminente y directísima: porque hay anunciadas tormentas por la tarde y no queremos mojarnos. ¡Falso de toda falsedad! Quien esa respuesta dio, lo que buscaba en su fuero interno era pulverizar los registros de los tiempos que aparecen en los paneles y las guías para poder decir después, cuando se junta con sus amigotes montañeros de otro Club mucho menos glamuroso que el nuestro, dejando caer, como quien no quiere la cosa: el otro día llevé a un grupo del Club de Abogados al Aneto por Coronas –se detiene ahí y espera a que le pregunten: ¿qué tal?- Para contestar henchida de orgullo –pues es lideresa-: muy bien, subimos y bajamos en 7 horitas. Nótese que no dice horas, dice horitas. Y para lograr este instante de placer íntimo no duda en llevar a la troupe a un ritmo infernal.

Mientras, nos enterábamos que en esta ascensión se celebraba otra efeméride: la primera ascensión de montaña del actual presidente del Club, Domingo, que subió el Aneto por Coronas hace 13 años en compañía de su hija Begoña y de la mano de Carlos Blanchard. Para conmemorarlo Begoña vino también a esta expedición. Alguno pensó: ¡vaya carrera más fulgurante! hace 13 años lo trajeron aquí por primera vez para su primera montaña y ya lleva varios años de presidente. Sin duda, nuestro Club es como los USA, el club de las oportunidades.

En fin, que con estás diatribas alcanzamos el collado de Coronas, y tras un trepada que a algún integrante del grupo se le atragantó, llegamos al glaciar del Aneto, que ahora se le conoce como Puerto Venecia en sábado por la tarde. Las hordas de montañeros que subían desde el refugio de la Renclusa emulaban la calle central de Puerto Venecia en la campaña de Navidad. Y así, intercalados entre montañeros desconocidos, ascendimos la cuesta del silencio en fila india ininterrumpida hasta donde la vista alcanza (para quien lo conozca hasta el Portillón Superior).

Y ¿cómo no? Llegamos a Doc 39, quiero decir, al paso de Mahoma. Y aquí, como en toda atracción que se precie, hay que esperar. Se saca un ticket imaginario, te pones a la cola, y vas observando, como la muchedumbre va trepando y destreando por esos riscos, por esa cresta que es el paso de Mahoma, donde todos, féminas y varones, se ponen en pompa sin rubor, con tal de pegar su cuerpo a la piedra. Hasta que te llega el turno. Entonces, como si de un encierro de San Fermín en Pamplona se tratase, braceando y metiendo codos para que nadie te pase, comienzas a ir de piedra en piedra: mitad de cuerpo en el abismo y el resto agarrado en tres puntos de apoyo.

Y por fin la cima del Pirineo. El Aneto, con su cruz, su Virgen del Pilar con cachirulo y todo, su bandera de Aragón (o Cataluña, que no llevaba estrella azul), su niebla, que no nos dejó ver nada, su viento salvaje y gélido... Vamos, la emoción de una gran cima.

¿El descenso? ¡A más velocidad que el ascenso! ¡Sin tregua alguna! Como había algunas nubes que se estaban oscureciendo en el horizonte, el argumento de la tormenta de la que huíamos, por momentos, resultaba verosímil. Así, ni comer, ni beber, ni siesta, ni ponerte crema, ni necesidades menores –cuanto menos mayores–: bajar a toda pastilla. Hubo un momento de un amotinamiento silencioso, en el que varios integrantes del grupo, al llegar al lado de un ibón idílico, incrustado en una pradera verde intenso, donde lucía un sol cegador, cometió la indisciplina de sentarse a descansar, sosearse, disfrutar del paraíso que tenía antes sí.

La lideresa que vio que las caras de placer de los miembros del grupo ponían en riesgo su ansiado record no dudó en utilizar cualquier argumento que le condujeran a su “éxito”. Así, dejó caer: “abajo del todo también hay unas praderitas estupendas para comer. Total, seguimos bajando una horita más –nótese que no dijo hora, dijo horita- y yo estaría mucho más tranquila abajo que aquí”.

Dicho y hecho. La diáspora en desbandada hacia el punto de partida fue de tal intensidad que llamamos al taxista para que viniera a recogernos dos horas antes de lo previsto. Así a las 3 de la tarde estábamos en el punto de partida.

Entonces sí que el personal se descalzó, se sacó los bocatas,... pero solo media horita, porque el taxista apareció antes de tiempo con ganas de concluir el servicio.

Como las 9 horas de marcha, los más de 3.000 metros de desnivel (1.500 de subida más 1.500 de bajada), sin parar ni para m... no habían sido suficientes, Domingo se puso calzón corto, zapatillas de trail-running, y se metió entre pecho y espalda 8,6 Km. de carrera continua, descendiendo hasta la pradera del Esera corriendo. Su hija Begoña, que en aquel momento estaba exhausta lo vio claro: debemos volver dentro de 13 años nuevamente, y entonces será mi momento... No es de recibo que tú, con 26 años, estés rendida por el esfuerzo realizado y tu padre, con 56, se eche a correr. Eso no es normal.

En recompensa por haber corrido delante de la tormenta todo el día, como no puede ser de otra manera, la dejamos atrás. Tan atrás la dejamos, que se quedó una de las tardes más soleadas y brillantes que se recuerdan en el valle, donde la luz y el calor provocaban incluso reverberaciones, otorgando al verde intenso de las praderas y abetos una luminosidad de televisión HD, que disfrutamos, ahora sí, desde la terraza del mágico Hostal Parque Natural, con una cerveza helada en una mano, con la vista puesta en el horizonte y con una agradable conversación entre amigos.

En el camino a Zaragoza, los consabidos huevos fritos con guarnición. Y, hasta la próxima.

Ángel Giner